

Algunos fragmentos

Iban a comenzar ya muy pronto las clases. Ella se acercó al destartado edificio con un firme taconeo, procurando que el impulso de las piernas ocultara el temblor del corazón. Era un trabajo y había que hacerlo bien. Había aprobado las oposiciones libres hacía apenas dos meses y, cuando se presentó el primer día para hacer inventario de los cursos que debía impartir y de los libros de texto que tenía que memorizar apresuradamente, los compañeros maduros la inspeccionaron con el gesto de quien está acostumbrado a examinar a inexpertos.

–Soy Juncal Ramírez –se anunció sencillamente, suponiendo que ya habría llegado a la Dirección del Centro su nombramiento.

Después de algunas miradas subrepticias que la midieron de arriba abajo en su indiscreta juventud, tuvo que hacer un pequeño resumen de su vida.

–¿Y nunca habías dado clase antes de aprobar? –le preguntó el Jefe de Estudios con una mezcla de escepticismo y de risa.

Pues no. Además, su caso –meditó ella en su interior– no era especialmente vocacional... ¿Cuántos trabajos, a priori, podían serlo? Había estudiado sus cursos de Filología un poco a la deriva, sin saber en realidad adónde la llevaban y, cuando acabó, la docencia era la única salida.

–Bueno, tampoco será tan difícil –respondió–. Al fin y al cabo, yo he sido alumna casi todos los años de mi vida... ¿Qué importa estar a un lado o al otro del pupitre?

Juncal ya sabía que, ante el peligro, le gustaba arrebatarse en una huida hacia adelante y lo que quiso ser una broma se había convertido, por culpa de su arrojo, en una especie de reto impertinente a causa de su acento arrebatado.

–No te preocupes, enseguida verás si es difícil o no... O, mejor, lo veremos –terció el Director, José Ricardo Flores, suponiendo que llegaba una nueva inexperta a la que probablemente habría que socorrer alguna vez en los pasillos cuando saliese de clase llorando.

“Bueno... ¡las viejas glorias exhibiendo su experiencia caduca!”, concluyó ella, sin dar mayor importancia a las predicciones agoreras. Consultar la bibliografía, inventar ejercicios presumiblemente novedosos, memorizar las tres fechas que todo profesor debe recitar sin dudar para parecer erudito... Sólo necesitaba unas horas para enfundarse en el previsible disfraz de su nuevo perfil de docente.

El Jefe de Estudios y el Director le aconsejaron dar un paseo por el Centro, todavía vacío, para ir tomando posesión de sus nuevas obligaciones. Apenas tenían tiempo de acompañarla mientras ultimaban los horarios, pero a Juncal no le importó disfrutar durante unos momentos de la soledad necesaria para hacerse dueña de su destino. Siguiendo las indicaciones recibidas, subió dos tramos de escaleras que la condujeron a un largo pasillo jalonado de puertas abiertas con el rótulo de los cursos de Secundaria y de Bachillerato. Las aulas blancas con sus mesas verdes y sus sillas ajadas no le parecieron tan limpias como las del recuerdo de la infancia. ¡Pero tampoco había que dejarse llevar por añoranzas mentirosas! La vida la había empujado hasta allí como si se hubiera montado a los 15 años sobre un caballo enloquecido y no le gustaba mirar atrás.

–¡Ya verás qué distinto resulta ver esto lleno de adolescentes gritones! – le dijo una señora gruesa con gafas, que salió de uno de los Departamentos y se presentó como Sagrario López, profesora de Biología, próxima ya a la jubilación.

Juncal se encogió de hombros. Si aquella mujer de edad era capaz de vérselas con una jauría de adolescentes desbocados, ella no se sentía carente de fuerzas para lo mismo.

–¡Se hará lo que sea preciso! –le respondió sonriendo.

La mujer la miró por encima de sus gafas de présbice con el mismo descaro con que seguramente tomaría la lección a los alumnos díscolos y ella, en contrapartida, calibró el tamaño de la falda de la profesora, que le recordó vagamente al mantel estampado de una mesa camilla. Ambas se midieron cómicamente suponiéndose a sí mismas, una respecto de la otra, la ventaja de la experiencia o, en el otro caso, la de la juventud.

–¡Qué trabajo, empezar desde el principio! –suspiró la señora.

Juncal alojó una mano en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y temió que en su reciente profesión se iba a sentir más próxima a los alumnos que al resto de los compañeros... Pero no, no... Aquello era una tontería. Había que ocupar el lugar que le correspondía. Probablemente, dentro de unos cuantos años, sería posible la escena inversa: quizás una nueva profesora, una chica moderna recién licenciada, se cruzaría con ella disimulando una risa de burla a causa de su propio aspecto anticuado.

–Lo primero es encontrar el Departamento de Lengua, que me han dicho que estaba por aquí... –se justificó, intentando congraciarse.

La mujer señaló de manera imprecisa.

–Tu Departamento está en el segundo piso, al final del pasillo. Seguro que tienes algún compañero dispuesto a enseñarte los libros de texto.

Juncal siguió su camino hacia las escaleras y cuando llegaba al segundo tramo se cruzó con un hombre alto, con barba rala y canosa, que bajó la cabeza a su paso, como evitando mirarla. Ella se hizo a un lado, advirtiendo que el extraño se apresuraba a alejarse, pero se quedó observándolo con curiosidad. Cuando el hombre se topó con la profesora de Biología, que había ascendido un par de escalones, se produjo un extraño incidente: la mujer ocupaba con su gran volumen el espacio central de la escalera y el hombre dudó a la hora de elegir el flanco por el que pretendía pasar. Él también era, indudablemente, muy corpulento y Sagrario se afianzó en la escalera como obstaculizando su avance. El hombre, sin dignarse a solicitar el permiso ni ofrecer ninguna disculpa, arremetió contra ella sin contemplaciones y la apartó abruptamente. Mientras él se alejaba sin una sola palabra, ella quedó refunfuñando entre dientes por la falta de educación de algunas personas.

Entre asombrada y divertida por la curiosa contienda, una vez en el segundo piso, Juncal se dirigió a la puerta rotulada con el nombre del Departamento de Lengua y llamó. El compañero que abrió, un hombre de unos cuarenta años, delgado y con cara triste, hizo el esfuerzo de obligarse a recibirla con una sonrisa amable de bienvenida.

–Yo soy José, el maestro. Doy las clases del Primer Ciclo –se presentó con cierta languidez.

Juncal lo observó con simpatía. Por fin, encontraba a alguien que no quería darse demasiada importancia.

José vestía pantalones vaqueros y un jersey fino de lana. Unas profundas ojeras y la boca excesivamente grande le afeaban el rostro, pero tenía la mirada mansa de las buenas personas. Juncal advirtió el agujero sin pendiente de la oreja derecha. Seguro que se ponía el arete en verano, cuando no tuviera que justificar su coquetería ante los pelmazos de la Asociación de Padres de Alumnos.

–Contigo somos cinco –le explicó José amablemente–: Antonio, que es también el Jefe de Estudios; Ismael, que es el Jefe del Departamento de Lengua; Marina, tú y yo. A Antonio ya le has visto... y con ese susto ya tienes para unos cuantos días; pero no te preocupes: apenas tiene tiempo de aparecer por aquí. Marina tampoco viene mucho: el año pasado tuvo un niño y, en cuanto puede, se escapa a su casa. Y a Ismael también te lo habrás tropezado por las escaleras...

Juncal se sorprendió.

–¿No será un tipo alto que pasa a tu lado sin dignarse a saludar...? –y añadió entre sorprendida y escandalizada–: ¡Y que, además, atropella a las ancianas compañeras...!

José rió por la broma, pero quiso quitar hierro al asunto.

–No hay que hacerle mucho caso –terció en voz baja–. Es una buena persona, pero tiene... problemas. Otro día te los cuento.

Al terminar el recreo, José Ricardo se demoró dando una vuelta por los pasillos vacíos del Centro, que aún conservaban el eco de las últimas voces previas a la entrada en clase. Al Director le gustaba oír resonar sus pasos firmes sobre las baldosas del corredor, los cuales resultaban aún más nítidos que las voces de los profesores de dentro, recitando la lección y preguntando por los ejercicios. El martilleo rítmico de su tacón sobre el suelo le daba la agradable sensación de la superioridad del vigilante. El silencio del pasillo, la organización de las aulas, el cumplimiento presuroso de los profesores le transmitían la sensación engañosa de que todo funcionaba gracias a él. Él y su equipo habían hecho los horarios, habían confeccionado los grupos de alumnos, habían previsto la intendencia y el pago de facturas, habían remitido

el Plan General Anual en las fechas preceptivas a la Inspección. Gracias a su esfuerzo (él y su equipo directivo; o bien, su equipo directivo y él) existía en ese pueblucho perdido la ocasión de que los hijos de los palurdos incultos obtuviesen un título e incluso una posibilidad de destacar sobre el resto de los especímenes del género humano. Todo eso Navalterra se lo tenía que agradecer a él; es decir, a él y a su equipo.

Después de la inspección auditiva y ocular del cumplimiento de las tareas docentes en cuanto a la impartición de las clases, José Ricardo se asomó a la sala de profesores. Dos profesoras, con ocasión de su horario de guardia, disfrutaban plácidamente de la lectura de la prensa local, ya que no faltaba nadie. ¡Ajá!, ¡todo marchaba bien!

José Ricardo llegó hasta su despacho y entró. La puerta se cerró sin ruido mientras él rodeaba la amplia mesa, atestada de papeles bien ordenados. Se dejó caer blandamente sobre el sillón de cuero marrón. A sus espaldas, la ventana cubierta por visillos ocultaba la vista de uno de los patios. Con frecuencia, se asomaba a espiar los corrillos de alumnos que engullían sus enormes bocadillos durante el recreo. Sabía que los de afuera eran conscientes de su posible presencia y no se arriesgarían a ninguna travesura por temor a ser descubiertos. La idea de que su persona pudiera suscitar temor o respeto le llenaba de satisfacción. Para eso era el Director del Instituto: para codearse con la Administración, para decidir los horarios, para controlar los yerros y los aciertos de sus compañeros, que no eran del todo compañeros, sino más bien subordinados, al igual que los conserjes, la señora de la limpieza y los administrativos de la Oficina. Ese día, el silencio de los pasillos y el orden en las clases anunciaba que su labor era no sólo meritoria, sino también imprescindible.

Después de haberse reencontrado consigo mismo de manera tan placentera, José Ricardo procedió a otra inspección que acrecentaba aún más su propia estimación: abrió el cajón superior izquierdo de su mesa, sacó unos cuantos documentos antiguos que encubrían un secreto mayor y después extrajo del fondo unos pequeños envoltorios realizados con folios y rotulados cada uno con un nombre y una fecha distintos. Eran el producto de antiguas razias en territorio enemigo: allí estaban los pequeños botines incautados a alumnos inclinados a los psicotrópicos. Cada paquetito era la prueba de un

pequeño delito, que podía traer al propietario del nombre una sanción escolar o, en caso improbable de un exceso de benevolencia por parte del director, una buena bronca de sus progenitores. Algunos los había incautado el propio José Ricardo después de un chivatazo amigo y los otros los había aportado Paco, tras sus correrías en el patio a la hora del recreo.

Los pecados ajenos a él le producían una gran satisfacción.

A la hora del recreo todavía se sentía desairada y se resguardó en la soledad del Departamento de Lengua. Desde la ventana volvió a ver, allá abajo, a Ismael. Un sentimiento de rabia la empujó a arriesgarse. “Si no quiere hablarme, me voy y le dejo solo”, pensó mientras bajaba hasta el patio. En realidad, lo que la empujaba hacia él era simplemente un sentimiento de solidaridad, las ganas de comprender y de ser comprendida por alguien que también había sufrido una injusticia.

Llegó abajo justo a tiempo para observar que Ismael, para huir de la barahúnda del alumnado, salía por la verja que daba a los campos de cultivo situados en la parte trasera del Centro. Ella se apresuró por el camino de tierra a sus espaldas. Cuando lo alcanzó, él se había detenido para observar el horizonte: el monte con su ladera pelada y, allá al fondo, la curva lindante con el cielo.

–¡Espera! –dijo ella mientras se daba cuenta de que no había previsto ninguna excusa para comenzar una conversación.

Él se volvió sorprendido y vio a una muchacha resuelta con ceño fruncido que jadeaba: con una mano sujetaba su bolso en bandolera y la otra la tenía prendida a la altura del estómago, como queriendo esconder la respiración afanosa. El hombre sonrió. No precisaba de muchas explicaciones.

–¿Has visto? –dijo él.

–¿Qué haces aquí? –contestó ella sin entender el gesto del hombre que señalaba el horizonte.

–¿Has visto? –insistió el viejo profesor con el brazo extendido mostrando el vacío. Más allá de los campos labrados, más allá de la ladera pelada, sólo quedaba un cielo azul surcado por nubes viajeras.

Juncal escrutó la oquedad de arriba intentando adivinar. Tras el gesto del extraño compañero tanto podía aparecer una bandada de pájaros como un platillo volante. Ismael, otra vez, sonrió.

–Desde aquí el cielo se abomba –aclaró señalando a lo alto–: forma una especie de campana que se cierra en la tierra. Es una delicia respirar el aire puro y ver la naturaleza fuera de las cárceles que hacemos los humanos.

Juncal miró de nuevo hacia arriba, con su promesa de oxígeno, y hacia los campos labrados, ceñidos por el abrazo del horizonte. Era cierto que el aire de la mañana ensanchaba los pulmones y que la frescura del campo sugería una felicidad recién nacida de la sencillez del momento.

–Desde aquella peña todavía se aprecia mejor –sentenció Ismael dirigiéndose apresuradamente hacia lo alto del camino.

Juncal lo siguió. Sin embargo, para adaptarse a las largas zancadas del hombre, tuvo que comenzar un trotecillo ligero intentando esquivar algunas piedras. Cuando sólo habían avanzado unos metros el sonido lejano de una sirena los despertó de su sueño: la libertad mañanera era una mentira plácida.

–¡Pero si yo tengo clase! –exclamó Juncal, repentinamente despejada de la sugestión del abrazo del cielo.

El hombre sonrió. Su mirada se había hecho soñadora, contagiada de las promesas del aire. Juncal observó el edificio del Centro y echó a correr cuesta abajo. Ismael se quedó contemplando su huída apresurada: la joven compañera, vista de espaldas, parecía una marioneta cuyas piernas mecánicas se descomponían tropicando sobre el camino pedregoso. Él siguió avanzando hacia arriba, hasta lo alto del camino, y se sentó en una piedra.

Por su parte, en las clases las cosas iban razonablemente bien para Juncal, aunque cada curso presentaba sus peculiaridades. A pesar de que existía poca diferencia de edad entre todos los alumnos, el comportamiento de unos grupos y otros era un poco distinto. Los más pequeños parecían apenas unos niños y Juncal se sorprendía de su ingenuidad: estaban deseando que acabasen los periodos lectivos para salir a jugar al patio y se lo decían con sinceridad candorosa. Los mayores, sin embargo, se mostraban más cautos y

oscilaban entre la displicencia del adolescente ante los temas trascendentes y el interés velado por todas las novedades. Solamente en la clase de Andrea, Juncal sentía cierta incomodidad.

–¿No te interesa lo que estoy explicando? –le dijo Juncal un día en que ella no paraba de hablar.

Andrea miró a la profesora con desprecio.

–¿Quieres que te diga la verdad o que te mienta? –respondió la chica como buscando pelea.

El resto de la clase se preparó para un espectáculo que podía resultar divertido y coreó a la compañera con un murmullo.

–Si no te interesa lo que digo, no sé qué haces aquí... –contestó Juncal, que dudaba entre hacer valer su autoridad o intentar convencer a la muchacha con buenas palabras.

–Profe, ¿tú no has oído hablar de que es obligatorio estudiar hasta los 16 años? –dijo ella–. ¿O es que a ti no te obligaron tus padres?

–¡A mí no me ha obligado nadie! –saltó la profesora–. Siempre me ha gustado estudiar...

Una carcajada general interrumpió el comienzo de las explicaciones y se produjo la paradoja de que quien impuso silencio no fue Juncal, sino la alumna, que quería justificar su descontento.

–¡Pues a mí sí me obligan! No creas que te estoy viendo ahora por gusto... –y señaló más allá de la ventana–. Estaríamos todos mucho mejor divirtiéndonos en la calle.

El resto de la clase, como por un resorte, hizo ademán de ponerse en pie como obedeciendo al brazo extendido de la alumna que señalaba hacia afuera.

–¡Eh, todos quietos! –se desesperó Juncal–. ¡De aquí no se mueve nadie!

–¡¡¡Uuuhhh!!! –sonó desde todas las gargantas en un eco que amenazaba con aumentar hasta resultar ensordecedor.

–¡Basta! –gritó Juncal procurando hacerse oír y notándose absolutamente ridícula.

Andrea observaba el alboroto que había provocado deleitándose por su propio poder, pero aún no se sentía contenta con el resultado.

–¡Basta! –levantó la voz imitando a la profesora–. ¿No veis que aún no ha terminado la clase? A lo mejor la profe de lengua sí tiene hoy algo interesante que enseñar...

Juncal comenzó a sentir un furor irreprimible y unas ganas locas de abofetearla, pero sabía que no lo podía hacer.

–Sí, tengo mucho que enseñar –farfulló atropelladamente mirando sin querer el escote exagerado de la muchacha–. Tengo que enseñar que las mujeres debemos ser inteligentes y trabajadoras, debemos aprender a decidir nuestras propias vidas y a no seguir el camino que nos muestran las series ridículas de la televisión, tenemos que...

El sonido silbante de la sirena la interrumpió, pero daba lo mismo: ninguno de los alumnos o las alumnas la estaba atendiendo. Incluso la propia Andrea se había desentendido de su interlocutora y estaba discutiendo a manotazos con Sergio, uno de los chicos de atrás.

Juncal recogió sus cosas y salió con una sensación incómoda de fracaso. ¿Por qué le resultaba tan difícil controlar aquella clase? ¿Sólo se debía a la presencia de esa alumna jactanciosa o había algo más extraño? ¿Todo se reducía, quizás, a un antagonismo absurdo entre las dos? Se cruzó en el pasillo con caras alegres o aburridas y notó los empujones de un grupo que se apresuraba hacia el patio para la clase de Educación Física. Quizás debía cambiar de estrategia e ignorar a la alumna provocadora: no tenía que darle la ocasión de sentirse protagonista.

El resto de la mañana pasó con premura entre ejercicios y explicaciones porque entre una clase y la siguiente tampoco quedaba mucho tiempo para pensar.

Por la tarde todavía se sentía incómoda por el episodio de la mañana y Juncal se preguntaba si, en realidad, lo que ocurría es que no sabía enseñar. Sus compañeros, al parecer, no tenían grandes problemas con los alumnos y, si los tenían, no les concedían demasiada importancia.

Decidió salir a la calle a dar un paseo y, sin proponérselo, se dedicó a repasar la actitud de algunos profesores. Antonio, el Jefe de Estudios, trataba a los alumnos con prepotencia (él decía que se trataba de autoridad) y se jactaba de que ninguno se atrevía a enfrentarse a él. Marina los mimaba como si fueran sus hijos y utilizaba toda su energía y todo su tiempo convenciéndoles

de que tenían que estudiar y dándoles instrucciones sobre lo que debían o no debían hacer, incluso en sus cuestiones personales. José, sin embargo, aunque no descuidaba las clases, prefería apartar su vida privada de la profesional y se empeñaba en levantar un pequeño muro a su alrededor que le aislase de los alumnos, pero sobre todo de sus padres.

Juncal acabó concluyendo que, frente a la actitud superprotectora de Marina, siempre vigilante, era más sencillo llevar adelante la coartada de la autoridad. Paco, por ejemplo, trataba a los alumnos a zapatazos y, sin embargo, ellos parecían respetarle...

Y, por arte de magia, como si surgiera de la nada sólo por haberlo pensado, apareció al final de la calle, en la puerta de un bar, la figura de Paco, que estaba rodeado de unos cuantos alumnos, entre los que se encontraba Andrea.

¡Vaya amistades!, se extrañó Juncal. Desde lejos, formaban un grupo alegre, del que se escapaban risas. Sofocando un primer impulso de huída, decidió acercarse: quizás era una buena ocasión para limar asperezas y mejorar posteriormente la relación en la clase. Al fin y al cabo, si Paco conseguía tener cierta amistad con aquellos gamberros, seguro que eso le ayudaba en el trabajo diario.

Cuando se acercó, notó que uno de ellos se metía rápidamente en el bolsillo algo que había escondido en la mano. Los otros se volvieron de golpe y la miraron con desconfianza. Paco rompió el hielo.

—¡Hombre, Juncalita! Si tú también sabes salir a la calle... Ven aquí, que te presento a unos amigos...

—¿Unos amigos? —dijo ella tratando de ser ocurrente, pero sin conseguirlo—. ¡No sabía que tenías tan buenos contactos!

—Yo tengo todo lo que hace falta... —respondió él, entornando los ojos, y los otros rieron.

A Juncal le dio la impresión de que algo no iba bien. Andrea, de hecho, frente a su actitud habitual expansiva, estaba en silencio y miraba a su alrededor como sonámbula. Uno de los chicos, Sergio, la sujetaba por la cintura como si corriera peligro de desplomarse.

Paco les hizo un gesto de elocuencia y los otros comenzaron a deshacer el grupo.

–Hala, os vais para casa. ¡Vosotros a estudiar, que mañana os pongo un examen!

Casi todos rieron de nuevo sin motivo y miraron a Juncal y a Paco alternativamente.

–Por mí que no sea –dijo ella intentando congraciarse–. Ya sabéis que yo no pongo exámenes sin avisar.

Los chicos ignoraron sus palabras, más atentos a un nuevo gesto de Paco, que los conminaba a desaparecer. Andrea, que había apoyado la cara en el hombro del chico, dirigió a Juncal una nueva mirada turbia y ausente, mientras un hilillo de saliva le escurría por la comisura de los labios. Sergio la empujó hacia adelante y comenzaron a alejarse con pasos cansinos. Los demás los siguieron simulando normalidad hasta dar vuelta a una esquina.

Fuera ya de la vista de los profesores, tomaron en brazos a Andrea, que apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie, y la llevaron hasta el Paseo del Medianil. Una vez allí, Sergio despidió a los acompañantes, la arrastró hasta ocultarla tras un seto y quedó tumbado en el suelo junto a ella, esperando a que despertara. Despojada del aura de su violenta autoridad, Andrea parecía una muñeca indefensa. El chico, por curiosidad, comenzó a acariciarle el cabello y el cuello hasta llegar al borde de la ropa.

Mientras tanto, en la zona iluminada de los bares, Paco y Juncal quedaron desgranando sus conversaciones.

–Esa chica no está bien –comentó Juncal, preocupada.

–No le pasa nada –cortó, tajante, Paco–. Si está bebida o drogada, que le riñan en su casa. Yo no tengo que cuidar a los hijos de nadie.

–Pero, estaban contigo ¿no? ¿Tú sabes de dónde vienen?

–¡A mí qué cojones me importa! –estalló, pero al poco, procuró atemperarse–. Ven, vamos a celebrar que se han ido esos cabrones.

Paco la cogió del brazo hasta introducirla en el bar, que estaba bastante vacío.

–¡Una coca-cola con ron! –le gritó al camarero, y tiró un puñado de billetes sobre el mostrador–. Con esto te cobras las deudas y lo que sobre te lo quedas para mañana.

Juncal no tenía muchas ganas de intimar con alguien tan zafio como Paco, pero por otra parte sentía cierta curiosidad por su forma de relacionarse

con los alumnos, así que suspiró, se pidió una tónica y se propuso aprender algo nuevo ese día.

–Paco... ¿tú te llevas bien con esos chicos? –le preguntó en tono de confianza.

–¡Bah...! ¿Por qué no? –contestó él, cauteloso–. Yo les cuento chistes y les doy lo que necesitan. Me respetan.

–¿Y contigo estudian para los exámenes? Si son unos vagos...

–¿Eso qué importa? Nuestra relación tiene otros perfiles –contestó él evasivamente.

–Yo me llevo muy mal –insistió ella–. A lo mejor es que tú les resultas más gracioso que yo...

Paco la miró de arriba abajo con cierto desprecio.

–Ya no se lleva eso... –contestó señalando la ropa holgada que ella llevaba en esos momentos–. A los alumnos de ahora no les gustan los hippies del 68. Pasan de vosotros como de la mierda. Lo que les va es divertirse y que no les coman el tarro.

Juncal no quería discutir y, al poco, se fue, despechada. ¡Menudo estúpido dando lecciones! Lo dejó en el bar apurando su cubata y supuso que, como casi todos los días, acabaría emborrachándose a solas. Sin embargo, se siguió preguntando qué verían en él los alumnos díscolos. Al parecer, lo respetaban. Seguro que era el único profesor a quien procuraban no darle problemas.